

débese á Dios el beneficio. Las ideas y las obras de los hombres son casi siempre errores y locuras; pero éstos, en manos de Dios, se truecan en instrumentos de perfeccionamiento. Decimos que Dios es el autor; ¿quién si no lo sería? ¿El azar ó la naturaleza? Esto no es decir nada. ¿Una ley general? ¿Qué ley? ¿Acaso se puede establecer como ley que la locura es el principio de la sabiduría? Lo bello y lo bueno sólo pueden tener por fuente la perfeccion divina.

Hemos dicho que Jesucristo no reconocía ni Estado ni derecho. Los demócratas le cuentan entre los suyos, sin razon, cuando se atienen á lo que Jesus quiso hacer; con ella, cuando se considera lo que ha hecho, ó más bien lo que, á pesar suyo, ha hecho Dios. No era un revolucionario quien ha dicho: Dad al César lo que es del César. Quería mantener lo existente; por mejor decir, ¿qué le importaba una sociedad que iba á perecer? El tiempo que durára, nada en ella debía cambiarse. Sin embargo, todo fué cambiado, trastornado de abajo arriba, y el Cristo es el autor de esta revolucion. En los tiempos en que predicó su doctrina, el mundo antiguo estaba en las manos de un hombre; el emperador disponía del poder espiritual juntamente con el temporal; mandaba lo mismo á las almas que á los cuerpos. Jesus le quitó las almas, al decir á sus discípulos que dieran á Dios lo que era de Dios, mermando así el poder del emperador, destruyendo el Estado antiguo é inaugurando la era moderna, que reconoce al hombre derechos naturales que el Estado no le puede quitar, ántes bien, le debe garantizar. Al ménos, así se expresan los apologistas del cristianismo. Podemos aquí decir con plena exactitud que Jesucristo hizo lo que no se proponía hacer. Creyendo en el fin próximo de todas las cosas, no podía pensar en una revolucion social ó política, y su espiritualismo exaltado desterraba todo lo que era de este mundo. Si su doctrina emancipó las almas, fué sin que lo quisiera ni lo previera. Para ello se necesitaron nuevas razas, los Bárbaros, en quienes seguramente el Cristo ni soñaba, y revoluciones sociales y religiosas que ménos todavía pudiera prever (1). Ello es que, de todas maneras, sus palabras fueron semillas que despues de siglos fructificaron. ¿No prueba esto que en la vida de la humanidad hay un de-

signio, un plan á que concurrimos, pero que no hemos trazado y que lo ejecutamos sin querer ni conocerlo? ¿Quién será el autor de este plan, de esta educacion? ¿Quién sino Dios?

Lo mismo dirémos de la abolicion de la esclavitud. Jesucristo no dice una palabra sobre el particular, y el más grande de sus apóstoles repite á los esclavos: "Permanezca cada cual en el estado en que se encuentra: si has sido llamado siendo esclavo, no te dé pena, porque el esclavo llamado por el Señor es el liberto del Señor," (1). Tal es también el sentimiento de los Padres de la Iglesia, quienes hacen decir á San Pablo que el esclavo debería preferir la esclavitud, áun cuando se le ofreciera la libertad (2). Con todo, es opinion acreditada, y casi axioma en historia, que el cristianismo abolió la esclavitud, lo que bajo cierto sentido es verdad; sólo que no debe atribuirse la gloria del hecho al Cristo, sino á Dios. Esta inmensa revolucion no se ha efectuado hasta despues de diez y ocho siglos de cristianismo. ¿Cómo habían de pensar el Maestro ni los apóstoles en emancipar los esclavos, cuando estaban convencidos del próximo fin de todas las cosas? La esclavitud se trasformó en servidumbre bajo la influencia del genio germánico. ¿Podrían el Cristo ni los apóstoles pensar en los Bárbaros ni en el feudalismo? No, realizaron lo que no se proponían. Predicaron, sí, la igualdad ante Dios; pero si la igualdad civil y política procede de la igualdad religiosa, como la consecuencia deriva de un principio, la gloria corresponde á un poder muy distinto del de los hombres.

Si prosiguiéramos el cuadro de lo que Jesucristo se proponía y de lo que Dios por su mediacion realizó, encontraríamos siempre que el Cristo hizo lo que no se propuso hacer. Una palabra más sobre un punto de capital importancia. Algunas palabras de Jesucristo han servido de fundamento al poder que la Iglesia ha ejercido y ejerce aún sobre las almas, palabras invocadas por los papas para justificar los mayores excesos de su dominacion. ¿Pensó Jesucristo en fundar una Iglesia dotada de un poder espiritual y de un poder temporal? Los protestantes sostienen que ni siquiera pensó en establecer una Iglesia. Prescindiendo de su creencia en el próximo fin del mundo, que no se

(1) SAN PABLO, á los Corintios, VII, 24, 21, 22.

(2) Véanse los testimonios en mi *Estudio sobre el cristianismo*.

(1) Véase mi *Estudio sobre la Iglesia y el Estado*.

concilia con el establecimiento de una Iglesia llamada á dominar sobre el mundo, concíbese difícilmente que Jesus tratara de reemplazar el Templo por la Iglesia. Permaneció judío, y lo mismo sus apóstoles, añadiendo que no se modificaria la Ley. ¿Á qué entónces la Iglesia? Víctima del odio sacerdotal, ¿podía pensar en crear un nuevo sacerdocio, mil veces más poderoso y más tiránico? No, Jesus no fundó el papado. Y sin embargo, el papado era necesario para llenar la mision de la religion que procede del Cristo. La Iglesia, llamada á educar á los Bárbaros, debía tener un poder exterior y dominar sobre los reyes y sobre las naciones. ¿Preguntarémos si Jesucristo pensó en educar á los Bárbaros? Hasta su existencia ignoraba. Jesus ni siquiera sospechaba la obra que venía á cumplir. ¿Quién la dispuso? ¿Quién la preveyó? ¿Quién la cumplió? ¿No será el que dispuso el nacimiento de Jesucristo á sazón que los Bárbaros se removían?

Algunos han imaginado que Jesucristo vino á regenerar las almas, devolviendo la vida á la antigüedad, que se moría. Sí, regeneró algunas almas privilegiadas, pero no por eso impidió la decadencia y la muerte del mundo antiguo. Mas aún; la corrupcion, la decrepitud que infectaban al mundo antiguo contagiaron á la religion naciente. Corrompióse al contacto de una sociedad podrida; y si Dios no hubiese enviado á los Bárbaros, habría perecido en medio de esa podredumbre. Mas para llenar su mision, debían ser moralizados, porque no venían solamente á destruir, sino también á edificar; ¿cómo hubieran regenerado á la sociedad esas masas incultas y brutales, si no existiera una Iglesia provista de una autoridad divina para domar y educar á los vencedores de Roma? Á pesar del inmenso ascendiente de la religion, esa obra duró siglos, y aún no ha terminado. ¿Qué hubiera sido del mundo presa del furor destructivo de los Bárbaros y de sus violentas pasiones? Habría perecido en un desbordamiento de violencias y de inmoralidad. ¿Quién le salvó?

La accion de Dios sobre los destinos del mundo se manifiesta aquí con una evidencia que sorprenderá á los más ciegos. Jesucristo inaugura una nueva era sin quererlo, y predica la *buena nueva* á los Judíos, sin pensar siquiera en los Bárbaros. Sus discípulos aguardaban de un momento á otro la consumacion final. El fin llega, pero no

como el Cristo lo había predicho; el Mesías no baja entre nubes para reunir á los santos; en cambio un torrente de Bárbaros inunda el imperio; la Roma pagana queda destruida, y sobre sus ruinas se levanta la Roma católica. Jesucristo vino para estos bárbaros, pero ciertamente sin haberlo querido ni previsto. Vamos á asistir á un espectáculo todavía más extraño y maravilloso. Si Jesus vino para los Bárbaros, puede también decirse que los Bárbaros vinieron para el Cristo. ¡Admirable concurso de donde la civilizacion moderna ha brotado! ¿Quién tan á punto trajo á los Bárbaros? El mismo que hizo nacer á Jesucristo. Veámosles en accion. Preciso fuera cerrar los ojos á la luz para no ver la mano que los guía y los educa.

N.º 2.—*Los Bárbaros.—Lo que quieren los Bárbaros y lo que quiere Dios.*

I.

Los Bárbaros destruyen la dominacion romana y ponen término á la antigüedad. ¿Tienen conciencia de su mision destructora? Algunas palabras que se han hecho célebres lo dan á sospechar. Atila se llamaba el martillo del universo. "No de mi propio impulso voy á Roma, decía Alarico; siento que alguien me impulsa constantemente y me excita para que saquee la Ciudad Eterna." Los Vándalos estaban dispuestos á desplegar las velas. "Señor, dice el piloto, ¿á qué pueblos quieres hacer la guerra? Á aquellos contra quienes está Dios irritado." Hay en estas palabras una inspiracion religiosa que denota su origen. La venganza de Dios es una idea cristiana, y en tanto que implica la justicia divina, justa; mas por lo mismo, no se puede atribuir á los Bárbaros. En el primer arrebato, vierten la sangre por el placer de verterla y destruyen por el placer de destruir.

Basta conocerles para saber lo que querían. Los Romanos se decían el pueblo de Marte; sin embargo, cuando trabaron conocimiento con los Germanos, se sorprendieron de su ardor belicoso: "¿Hay nada más intrépido que los Germanos? exclama Séneca. ¿Hay alguien más apasionado de las armas, en medio de las que nacen y crecen, y de las que hacen su única ocupacion, á todo lo demas indiferentes?," La muerte sobre el campo de batalla es para los Escandinavos el objeto de la vida.

Cuando la mujer pare un hijo, forma el voto de que perezca combatiendo. Los guerreros consideran la muerte como el mayor bien: "Palpitan de alegría al pensar que van á dejar la vida de una manera gloriosa, y se lamentan de las enfermedades, porque temen una vida vergonzosa y miserable." Sobre los campos de batalla, las Vírgenes de la muerte eligen los héroes que serán recibidos en el palacio de Odin, donde disfrutarán una eternidad de combates y de festines (1).

¡Combates y festines! Tal era el ideal de la vida para los Bárbaros, conforme á su ambicion en este mundo, es decir, que no soñaban en ser los instrumentos de la justicia divina. Lo eran, sin embargo. Sólo que donde los cristianos se complacen en considerar la venganza de Dios, preferimos nosotros ver la accion de la Providencia conduciendo á los hombres, á través de los sufrimientos, al término de su destino. La muerte, que nos preocupa y aterroriza, no es más que el tránsito de una vida á otra. Lo mismo decimos de la humanidad: algunas veces muere, y su muerte aparente va tambien acompañada de males sin cuento, pero para renacer á nueva vida: cuando tal sucede es porque una sociedad vieja debe desaparecer, para dar lugar á un nuevo orden de cosas. ¿Por qué esas revoluciones no se realizan pacíficamente? Porque toda obra de destruccion lleva consigo el sufrimiento. Cuando los Bárbaros destruyen, diríase que lo hacen por su placer. Esta destruccion era necesaria; si hubieran tenido el pensamiento de regenerar el mundo antiguo sin destruirle, habrían ellos mismos perecido al contacto de la corrupcion romana, como han perecido otros pueblos. ¿Qué hubiera sido entónces de la humanidad? Los Bárbaros han regenerado el mundo cubriéndole de sangre y de ruinas, á la manera que el huracan purifica la atmósfera destruyendo. Cosa notable: donde la destruccion fué más completa, la regeneracion resultó más profunda. En Inglaterra, los conquistadores destruyeron hasta los últimos vestigios de Roma; y ¿qué civilizacion es más poderosa que la anglo-sajona?

Los guerreros bárbaros querían combates y festines. ¿Fué eso lo único que hicieron? Destruyendo, tambien han edificado. Pero ¿destruyeron para edificar? Lo mismo daría preguntar si la fuerza,

(1) Véanse los testimonios en la parte quinta de mis *Estudios sobre la historia de la humanidad*.

potencia ciega, obra en vista del bien que acompaña á sus excesos. Veamos lo que hicieron, y así conoceremos mejor lo que no quisieron hacer. La antigüedad llevaba en sí un germen de muerte. La Grecia estaba en plena decadencia cuando las legiones romanas hicieron su conquista. Apenas acabó Roma la dominacion del mundo, comenzó á declinar; sentíase morir, y á medida que se debilitaba, pedía á los Bárbaros un nuevo elemento de vida. La poblacion disminuye; Roma recluta sus legiones entre los Bárbaros. Faltan brazos para el suelo, y se acude á los Bárbaros para que vengan á cultivar los desiertos del imperio. Tribus enteras son admitidas en el territorio romano. Así la misma Roma llama á su seno á los Bárbaros que van á poner fin á su imperio (1).

El espectáculo curioso y nunca visto nos revela la mision de los Bárbaros. Hoy día, el crecimiento de la poblacion nos preocupa; en los últimos tiempos de la antigüedad se extinguía. Así se vió en Grecia cuando la conquista, así tambien en el imperio romano; ¿cómo se explica este hecho singular? Mr. Guizot dice que las clases superiores se gastan y mueren, y que tienen necesidad de ser renovadas sin cesar por la inmigracion de las clases que viven bajo su dependencia. En la antigüedad era imposible esa renovacion, porque un abismo separaba al hombre libre del esclavo. Los mismos esclavos se extinguían: la libertad es una condicion de vida, y la propagacion de la raza humana se paraliza entre las cadenas. Así se despoblaban los campos, amenazando convertirse en desiertos. Por eso Italia, "la antigua madre de las mieses," no podía alimentar á sus escasos hijos.

La poblacion disminuye, porque la vida se debilita; por consecuencia, la inteligencia baja. Los historiadores maldicen á los emperadores monstruos; á decir verdad, el pueblo era tan monstruoso como los Césares. Tácito, al describir el envilecimiento á que habian llegado los conquistadores del mundo, escribe las siguientes frases, que nos guardaremos en calificar de injustas: "Trabajo cuesta no despreciar á seres tan cobardes y envilecidos," (2). Gibbon compara los Romanos degenerados á pigmeos. Nada más aflictivo que el estado moral de esta raza decrepita. No habia entre los

(1) Véanse los detalles en mi *Estudio sobre los Bárbaros y el catolicismo*.

(2) TÁCITO, *Anales*, xvi, 16.

hombres vinculo alguno, ni familia, ni otro móvil que un vil egoismo y una corrupcion que sobrepuja á cuanto la imaginacion puede concebir: el mundo romano no era más que una inmensa orgía. ¿Cuál podía ser el desarrollo intelectual en medio de semejante decrepitud? La poesia carecía de ideal en que inspirarse; los tristes destinos de un mundo agonizante no encontraban historiador; la jurisprudencia, gloria de Roma, se rebajó á una ciencia mecánica y de compilacion; sólo la filosofia se conservaba en predicamento.

El mundo agonizaba; su muerte, sin embargo, fué sólo aparente. De las ruinas de la antigüedad brotó una civilizacion nueva, más poderosa que la de los Griegos y Romanos. ¿De dónde procedió la regeneracion? Los historiadores se complacen en atribuirla al cristianismo; viendo que el mundo se trasformaba al hacerse cristiano, dedujeron que el cristianismo era la causa de semejante revolucion. Basta considerar cuál fué el destino del cristianismo naciente para convencerse del error. Si la religion nueva hubiera tenido por mision regenerar el mundo antiguo, debiera haber trasformado á los Griegos y los Romanos cuando mantenía su primera fuerza y el entusiasmo de la fe multiplicaba sus prodigios. ¿Es este el espectáculo que ofrece el mundo romano despues que se extendió en él la buena nueva? La disolucion de la sociedad continúa, á pesar del cristianismo; el mismo Evangelio participa del contagio romano. El cristianismo, lejos de regenerar al mundo antiguo, amenazaba perecer con la antigüedad (1). ¿Quién salvó la religion y con ella el porvenir de la civilizacion? Los Bárbaros.

¿Cómo han constituido los Bárbaros el principio de un nuevo orden de cosas? ¿Cómo pueblos incultos, de pasiones violentas, han inaugurado una civilizacion más rica y más fuerte que la de Grecia y Roma? Parece esto una paradoja. Hay algo más paradójal todavía, en apariencia, y es el camino que recorrió esa admirable revolucion. Los historiadores franceses, deslumbrados por el brillo de la civilizacion antigua, han deplorado la caída de Roma y la invasion de la barbarie germánica. Algunos siglos despues de la dominacion bárbara, los Galo-Romanos se truecan en Bárbaros. "Arrastrados por el ejemplo, dice Agustín Thierry, y por

un instinto de independecia brutal que no puede borrar la civilizacion del corazon del hombre, se lanzan en la vida de la barbarie, despreciándolo todo ménos la fuerza física. Véase cómo, en el espacio de siglo y medio, toda cultura intelectual, toda elegancia de costumbres desapareció de la Galia," (1). Thierry olvida el extremo á que habia llegado la civilizacion romana que echa de ménos; olvida que la misma Roma constreñida llamó á los Bárbaros; que el imperio estaba desierto y la poblacion envilecida; que el movimiento intelectual era nulo, mejor dicho, retrógrado, y que la decrepitud universal contagiaba tambien al cristianismo. De la cultura antigua no quedaba más que vicio y podredumbre. Hay una civilizacion peor que la barbarie, y es la civilizacion decrepita, tal como reinó en Bizancio, verdadero sepulcro blanqueado donde no penetraron los Bárbaros. Esta civilizacion es sintoma de muerte, y puede decirse que la muerte ha invadido ya á los pueblos que vegetan en tal decrepitud. Hay, por el contrario, una barbarie que es sintoma de vida y de la que brotará un nuevo movimiento intelectual y moral. Tal era la barbarie de los pueblos germanos. Felicitemonos, pues, de que los Galo-Romanos se hicieran Bárbaros, que así aseguraban su vida en el momento que la muerte llamaba á sus puertas.

Véase el espectáculo extraño que ofrece la sociedad romana despues de la invasion. Á pesar de su decadencia, estaba mucho más civilizada que los conquistadores germanos. Los vencedores se honraban con su barbarie, y no les faltaba razon. Los vencidos se hicieron bárbaros, y nada mejor pudieran hacer. Si, hubo momento en que la barbarie fué superior á la civilizacion, y en que los Romanos, haciéndose bárbaros, entraban en el camino del perfeccionamiento intelectual y moral. La barbarie fué un principio de civilizacion, al paso que la civilizacion fué una causa de decadencia. Con todo, hay que confesar que los vencidos instruyeron á sus vencedores. Habia en la civilizacion romana, á pesar de su corrupcion, un elemento imperecedero, la literatura, herencia de la Grecia, tesoro que se transmitió á los pueblos del Norte, y no fué estéril en sus manos. Diríase á primera vista que la hermosa lengua de Ciceron y de Virgilio se corrompió por el contacto con los Bárbaros; tras-

(1) Véanse los testimonios en nuestro *Estudio sobre el cristianismo*.

(2) AGUSTÍN THIERRY, *Prefacio de las consideraciones sobre la historia de Francia*.

fórmase, con efecto, y nada más inculco que los nuevos idiomas que proceden de la corrupción del latín. Pero pasan algunos siglos, y el Dante y Boccaccio escriben obras inmortales en uno de esos idiomas vulgares. Una nueva vida se difunde en toda Europa, y produce un movimiento intelectual mucho más poderoso que el de la antigüedad romana.

Tales son los hechos. Los Bárbaros dieron vida á un mundo que sin ellos se hubiese extinguido; ¿cumplían al hacerlo un propósito deliberado? Estamos en presencia de una fuerza tan brutal y tan ciega, que los historiadores comparan los Bárbaros á salvajes; de estos salvajes, sin embargo, procede nuestra civilización. Nadie dirá que los pueblos germanos salieron de sus bosques para dar vida á la humanidad moribunda. No, esos hombres incultos no son una providencia, ni proviene de ellos la iniciativa de lo que ejecutan. ¿De quién entonces? No se dirá que del azar ni de la naturaleza, pues nunca ménos sentido tendrían estas palabras que al tratar de Bárbaros que representan el papel de civilizadores. ¿Diráse que de una ley general? ¿Cuál será esta ley? ¿Que los Bárbaros civilicen á los que están más civilizados que ellos? Todavía tiene esto ménos sentido; ¿que los pueblos que no defienden su libertad están condenados á desaparecer? Sí, esta es una ley general. Pero ¿quién envía salvadores á las naciones cuando amenazan perecer en medio de la podredumbre? ¿Quién levantó á los Bárbaros? ¿Quién les mantuvo al abrigo de la corrupción antigua? ¿Quién les dió el espíritu de libertad, ese gran dón que han aportado á la civilización moderna? Responder que la naturaleza, ó que todo es producto de una ley general, es no decir nada; sólo una respuesta cabe: Dios y el gobierno providencial. Los Bárbaros han desempeñado el papel de una providencia al par terrible que benéfica. Prueba esto hasta la evidencia que obraron como instrumentos de un poder superior que les formó para la misión que iban á cumplir, que les llamó de todos los puntos del horizonte en el momento oportuno, y que les desencadenó sobre el mundo romano para destruirle y regenerarle. Ese mismo poder divino estableció el cristianismo durante la tregua que la paz del imperio dió al mundo, y atrajo los Bárbaros al Evangelio. La mano que los guía es cada vez más visible.

N.º 3.—*Los Bárbaros y el cristianismo.*

No se sabe si los Bárbaros vinieron para conquistar el mundo romano ó para abrazar la fe cristiana. Su conversión se opera espontáneamente. ¿Cuándo se hicieron cristianos los Vándalos, los Suecos, los Alanos y los Lombardos? Se ignora. Los Godos se convirtieron en masa cuando, empujados por los Hunnos, recibieron la hospitalidad en el suelo del imperio. Dicese que el terror inspirado por la invasión de los Hunnos impulsó á los Borgoñones á buscar un apoyo en el Dios de los cristianos. Los Francos recibieron el bautismo á la voz de sus jefes. Todo esto podría considerarse milagroso si los Bárbaros hubieran sabido lo que hacían. Mas ¿cómo creer que hombres incultos, supersticiosos, abrazáran por convicción una religión que no comprendían? Los escritores católicos dicen que los Bárbaros encontraron lo que no buscaban; hay que añadir que realizaron lo que no se proponían hacer. Su misión se liga á la de Jesucristo. Sin Jesucristo no serían los Bárbaros los salvadores de la humanidad, y sin los Bárbaros no hubiera habido cristianismo. Hé aquí una extraña solidaridad, que conviene apreciar debidamente.

¿Por qué los Bárbaros se convirtieron en un día, mientras que no habían bastado siglos para convertir á los Romanos? Porque el cristianismo tomó nueva forma bajo el régimen de pueblos incultos, mientras que se corrompía al contacto de la civilización antigua? Chateaubriand contesta á la primera pregunta: "El mundo estaba harto corrompido, harto lleno de vicios, de crueldades y de injusticias para que el cristianismo pudiera por completo regenerarlo. Una religión nueva necesitaba pueblos nuevos," (1). Profunda verdad encierran estas palabras; cuando la corrupción ha viciado los elementos vitales de un pueblo, no puede ese pueblo salvarse por una creencia religiosa, por lo ménos la religión no basta; sólo puede devolverle la vida la infusión de una sangre nueva. El mundo romano se encontraba en ese estado. Véase lo que pasó en Constantinopla. Los vicios de la antigüedad invadieron la nueva capital del imperio con los escombros de la cultura antigua; la corrupción alimentó el despotismo y el despotismo la corrup-

(1) CHATEAUBRIAND, *Estudios históricos.*

ción. ¿Cómo hubiera podido el cristianismo fructificar en medio de semejante podredumbre? Los Griegos se convirtieron al Evangelio, pero se conservaron paganos de espíritu, de hábitos y de vicios. El cristianismo no podía dar la pureza de alma á seres degenerados, ni el espíritu de libertad, que le faltaba. Era preciso que Dios enviase los Bárbaros.

Dios les había conservado puros de la corrupción y de la decrepitud romana, en el seno de sus selvas. Cuando los Romanos les vieron de cerca, los mismos á quienes la fe nueva había regenerado se admiraron de tanta pureza, pues la mayor parte de los cristianos del imperio se encenagaban en la impureza. Oigamos á Salviano, quien no idealiza á los Germanos, ni les disimula sus vicios, y reconoce que los Romanos son pérfidos, los Sajones feroces, los Gépidos inhumanos y los Alemanes borrachos; pero cuando los compara á los Romanos del imperio, cuando opone los Galos, los Españoles y los Africanos á los hombres del Norte, los Bárbaros triunfan. "Amamos la impureza, exclama el sacerdote galo; los Godos la detestan. La corrupción es para ellos un crimen, para nosotros un honor. Los vicios de los Españoles sobrepujan á los nuestros; Dios, para manifestar cuánto reprobaba su excesiva corrupción, les somete al yugo de los más puros entre los Bárbaros, los Vándalos." Los Romanos que Salviano compara á los Bárbaros eran cristianos. Cinco siglos habían transcurrido de la predicación de la *buena nueva*. Cristianos en apariencia, los antiguos no habían cesado de corromperse y de encaminarse á la decrepitud y la disolución. ¡Vengan en buen hora los Bárbaros!

Pero ¿vienen por su propio impulso? ¿Dejan sus bosques por la aspiración del cristianismo? Buscaban tierras, clima dulce, batallas y festines. Sin embargo, vienen para Jesucristo, cuyo nombre no han oído siquiera aún, lo mismo que el Hijo del Hombre vino para los Bárbaros, cuya existencia ni siquiera sospechaba. ¿Quién envió al Cristo para humanizar á los Bárbaros? ¿Quién envió á los Bárbaros para salvar al cristianismo de la decrepitud romana? Hay en todo esto un designio evidente que sólo á Dios cabe atribuir. Los Bárbaros reemplazan á los Romanos sobre la escena de la historia, y traen al mundo sangre nueva y almas puras. Pero están incultos, y les falta una larga educación para

humanizarse. La Iglesia los educará; mas para que la Iglesia se encontrara en condiciones de poderlo hacer, era preciso que el cristianismo se consolidara bajo el régimen secular de la paz romana. Y ¿quién ha preparado el camino al Cristo? La antigüedad entera. Tanto los conquistadores como los filósofos, los legisladores como los poetas. El admirable encadenamiento que preside á la educación de la humanidad, ¿no será obra de una potencia inteligente, libre y consciente? La historia nos impulsa, aún á pesar nuestro, á adorar á Aquel que nos guía con tan admirable solicitud hácia el término de nuestro destino.

II.

Hay espíritus que resisten á esta benéfica convicción. Acumulemos las pruebas, y cederán ante la evidencia de los hechos. Los Bárbaros vienen á destruir el imperio, y llevan á cabo su obra de destrucción casi sin encontrar resistencia; ántes bien, les sirven de auxiliares los mismos á quienes van á despojar; muchos Romanos preferían la barbarie de sus vencedores á una civilización que no era más que despotismo y servidumbre. Véase aquí de nuevo un extraño concurso de circunstancias. El imperio enervó las poblaciones y las entregó sin defensa al yugo de los Bárbaros. Este mismo imperio, con su unidad y con su paz, preparó el camino á los apóstoles del Cristo, aunque comprometiendo con su corrupción el porvenir del cristianismo. Llegan los Bárbaros, los Romanos apenas les resisten, y casi secundan á sus destructores. ¿Por qué vienen los Bárbaros cuando el mundo romano, aniquilado por el despotismo, les tiende los brazos? ¿Por qué la facilidad de una ocupación que se hace con el concurso de los mismos despojados? Vanamente buscaremos respuesta á esas preguntas, deterrando á Dios de la historia. La Providencia lo explica todo, al paso que, sin el gobierno providencial, el destino de la humanidad es un dédalo de contradicciones.

Dios envía á los Bárbaros cuando el mundo romano está preparado para recibirlos, á fin de que la invasión y la conquista, á pesar de la violencia que las acompaña, no sea una destrucción completa; la cultura intelectual de la antigüedad debe sobrevivir como uno de los elementos de la civilización romana. La invasión tiene que destruir y